



Levántate y ponte en camino

Día del Seminario

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Domingo IV de Cuaresma

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

19/20 de marzo de 2023



Orientaciones para la celebración

- Día y colecta del Seminario: liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal, colecta.
- Se celebra toda la liturgia del IV domingo de Cuaresma. La solemnidad de san José se celebrará litúrgicamente mañana lunes, 20 de marzo.
- Se utilizan ornamentos de color morado. No se dice *Gloria*. Sí se dice *Credo*.
- En la plegaria eucarística se hace el embolismo propio del domingo.
- No se permiten las misas de difuntos, tampoco la misa exequial.
- El testimonio vocacional dentro de la misa no debe ocupar el lugar de la homilía y en ningún caso sustituirla.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

Domingo IV de Cuaresma

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Me invocaré (CLN, A 12) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Cf. Is 66, 10-11):

Alégrate, Jerusalén, reuníos todos los que la amáis, regocijaos los que estuvisteis tristes para que exultéis; mamaréis a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
estén con todos vosotros.**

R. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

El cuarto domingo de Cuaresma que estamos celebrando recibe tradicionalmente el nombre de «domingo *laetare*», de la alegría, porque están ya más cerca las fiestas pascuales.

La Iglesia es llamada en este tiempo a una oración más intensa que nos devuelva a la comunión con Dios. Como en el caso del pueblo de Israel, los profetas y Jesús, la oración en el desierto puede ser de lucha pero también puede ser experiencia de gloria.

En este domingo celebramos en la Iglesia de España el Día del Seminario. Este año celebraremos la solemnidad de san José mañana lunes, día 20. Hoy tendremos presente de un modo especial al seminario de nuestra diócesis, y a los seminaristas que en él se preparan. También pediremos por las vocaciones al sacerdocio, para que Dios siga suscitando pastores que apacienten a su pueblo.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que, cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado, vivamos en la justicia: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el acto penitencial, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

*Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.
Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:*

OH, Dios, que, por tu Verbo,
realizas de modo admirable
la reconciliación del género humano,
haz que el pueblo cristiano
se apresure, con fe gozosa y entrega diligente,
a celebrar las próximas fiestas pascuales.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La liturgia de la Palabra nos ofrece hoy textos de una gran riqueza. En la primera lectura escucharemos el relato de la unción de David como rey. El más pequeño de los hijos de Jesé, el pastor del rebaño, es ungido rey de Israel. Así, responderemos al salmo con la certeza de que el Señor es nuestro pastor y, con él, nada nos falta.

San Pablo nos llama a vivir como hijos de la luz y a dejar las actividades de las tinieblas. Cristo nos ha iluminado; él es la luz del mundo. Así lo escucharemos en el Evangelio: hoy el Señor se nos presenta remediando la ceguera de un hombre ciego de nacimiento. Jesucristo acaba con las tinieblas de nuestros ojos y, por el sacramento del bautismo, ilumina nuestra vida. El camino cuaresmal nos llevará a la renovación de nuestro bautismo en la noche santa de la Pascua, y los catecúmenos serán iluminados por el bautismo.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

—Jesucristo es la luz del mundo, que ha venido a brillar en medio de las tinieblas. Eso representa el cirio pascual, en la noche santa en que celebramos la resurrección de Cristo de entre los muertos. Todos encendemos nuestros cirios, tomando la luz del cirio, porque Jesucristo nos hace partícipes de la luz que ha traído en su persona. Por ello nos dice: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 14). Somos la luz, pero no porque brillemos con luz propia, sino porque Jesús nos configura con su propia persona por medio del bautismo.

—Hoy las lecturas nos ayudan a tomar conciencia de esta realidad. Dios es la fuente de la santidad, y él es siempre quien tiene la iniciativa. Él es quien elige a quien quiere, como hizo con David, sin

basarse en las apariencias. Y él es quien acompaña y sostiene en la vocación: «En aquel momento, invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante» (cf. primera lectura). Sin esa luz que nos ofrece el Señor, estaríamos perdidos. Pero sabemos que él es nuestro pastor, y por tanto no hay nada de lo que debamos preocuparnos. Nada nos faltará si permanecemos junto a él. Realmente su bondad y su misericordia nos acompañarán todos los días de nuestra vida. (cf. Sal). Por esa razón, hemos de reconocer la tarea que el Señor nos encomienda: caminar «como hijos de la luz», «sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas» (cf. segunda lectura).

—Nadie se ha dado la vida a sí mismo, y nadie se ha salvado a sí mismo. Dios es nuestro creador, y su Hijo Jesucristo nuestro Salvador. La vida es un don precioso de Dios. Y cuando por desobediencia nos apartamos de él, el pecado nos dejó malheridos, enfermos de muerte. Pero Dios salió a nuestro encuentro, y como Buen Samaritano, sanó nuestras heridas y nos salvó de la muerte (cf. Lc 10, 25-37). En el Evangelio de hoy Jesús sale al encuentro de un hombre necesitado, de un hombre que vivía preso de las tinieblas. La gloria de Dios se manifiesta en él por obra de Jesucristo, y la oscuridad deja paso a la luz. Por la promesa de salvación que Dios nos ha hecho, «donde abundó el pecado, más abundante fue la gracia» (Rom 5, 20). Ahora el pecado y la muerte no tendrán la última palabra, si acogemos de corazón su Palabra de vida: «Creo, Señor» (cf. Evangelio).

—«El que me sigue no camina en tinieblas» (Jn 8, 12). Si somos discípulos de Jesús, participaremos de su luz. Pero seguir a Jesús implica siempre estar dispuesto ser objeto de las burlas y los desprecios de los demás: «Discípulo de ese lo serás tú» (Jn 9, 26). Pidámosle a Dios que fortalezca nuestro ánimo, para no dejar de recorrer los mismos pasos de Jesús, nuestro maestro. Que la Virgen María, primera discípula de Cristo, interceda por nosotros, y nos acompañe en nuestro camino.

—Hoy celebramos el Día del Seminario. En el seminario de nuestra diócesis se forman los futuros pastores, que, a imagen de Jesucristo, Buen Pastor, apacentarán al rebaño a ellos encomendado. Ellos mismos han de aprender a ser discípulos de Cristo, y a configurarse cada día más con él (cf. Etapas de formación del plan de formación sacerdotal para España). No dejemos de rezar por el seminario, por los formadores y por los seminaristas. Que Dios siga enviando obreros a su mies, que brillen por su humildad y entrega.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.

Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor, nuestro Dios, que nos ha sacado de las tinieblas y nos ha llamado al reino de su luz.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por todos los que en la Iglesia han recibido la misión de anunciar la Palabra de Dios, y tienen el carisma de iluminar con la enseñanza de la fe. Roguemos al Señor.
2. Por los catecúmenos que se preparan especialmente durante la Cuaresma para recibir el bautismo en la noche de Pascua. Roguemos al Señor.
3. Por tantos ciegos, que dicen ver y se aferran a su ceguera. Roguemos al Señor.
4. Por nosotros, llamados a dar testimonio de la luz de Cristo. Roguemos al Señor.
5. Por los niños y jóvenes de nuestra diócesis, para que, atentos a tu voz, sean capaces de escuchar tu llamada y se abran al don de una vida al servicio de la Iglesia. Roguemos al Señor.
6. Por el aumento de vocaciones al sacerdocio. Suscita en tu Iglesia pastores según tu corazón que lleven a todos el alimento y la Palabra de la vida. Roguemos al Señor.
7. Para que aumente en nuestras comunidades la conciencia de pedir siempre con insistencia al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Haznos conscientes de la urgencia vocacional en nuestro país, para que no falten nunca sacerdotes santos que te hagan presente en nuestra tierra. Roguemos al Señor.

8. Por nuestro seminario diocesano, por sus formadores, por los seminaristas y por todos aquellos que colaboran en su formación. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ACOGE, Padre santo,
**las súplicas que te hemos presentado,
por intercesión de san José, en el Día del Seminario.
Que tu misericordia nos sostenga en nuestras necesidades
y nos conceda cuanto con fe hemos pedido.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE OFRENDAS Y A LA COLECTA

Junto a los dones del pan y del vino, presentamos al Señor nuestro deseo de colaborar con nuestro seminario. Hoy la Iglesia nos invita a ser generosos con las necesidades de los que un día servirán a nuestras comunidades con su vida, dándonos el alimento de la vida y el consuelo de su Palabra.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Perdónanos nuestras culpas (CLN, 115) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios,
**luz que alumbras a todo hombre
que viene a este mundo,
ilumina nuestros corazones con la claridad de tu gracia,
para que seamos capaces
de pensar siempre, y de amar con sinceridad,
lo que es digno y grato a tu grandeza.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Defiende, Señor, a los que te suplican,
fortalece a los débiles,
vivifica siempre con tu luz a los que caminan
en sombras de muerte,
y, libres de todo mal por tu compasión,
concédeles llegar a los bienes definitivos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.**

R̄. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̄. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**Anunciad el Evangelio del Señor.
Podéis ir en paz.**

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Reunidos en el nombre del Señor (CLN, A 9) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Cf. Lc 12, 42):

Este es el administrador fiel y prudente a quien el Señor puso al frente de su servidumbre.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

En medio de la Cuaresma celebramos hoy la solemnidad de San José, esposo de la Virgen María.

En esta Iglesia siempre en camino, necesitamos servidores de la mesa, dispuestos a lavar los pies y a ser ungidos para hacer presente a Cristo siervo y pastor. Todos y cada uno estamos llamados a vivir nuestra vocación con fidelidad y pasión.

Hoy, al celebrar el día del seminario, pongamos en valor la vocación recibida y agradezcamos las que descubrimos en los demás. Contemplando la disponibilidad de san José al plan de Dios, pidámosle especialmente por todos aquellos que están formándose en nuestros seminarios, para que se dispongan a servir un día desde el ministerio sacerdotal al pueblo de Dios que está en camino. Y pidamos su intercesión para que, como él, muchos se dispongan a responder a la llamada de Dios.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que nos has hecho renacer por el agua y el Espíritu: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres el autor de la salvación eterna: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que tu Iglesia conserve siempre y lleve a su plenitud
los primeros misterios de la salvación humana
que confiaste a la fiel custodia de san José.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

**Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del
cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.**

**Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido
del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó
del cielo,**

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Pidamos en este Día del Seminario al Señor, por intercesión de san José, que nos conceda a todos vivir siempre atentos a la luz de su Palabra para que podamos escuchar su voluntad:

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Te pedimos, Señor, por la Iglesia, por el papa, nuestro obispo N. y por todos los sacerdotes de nuestra diócesis; para que el ejemplo de su vida entregada al Señor por los hermanos sea testimonio y llamada para muchos jóvenes. Roguemos al Señor.

2. Te pedimos, Señor, por los niños y jóvenes de nuestra diócesis, para que, atentos a tu voz, sean capaces de escuchar tu llamada y se abran al don de una vida al servicio de la Iglesia. Roguemos al Señor.

3. Te pedimos, Señor, por el aumento de vocaciones al sacerdocio. Suscita en tu Iglesia pastores según tu corazón que lleven a todos el alimento y la Palabra de la vida. Roguemos al Señor.

4. Te pedimos, Señor, que aumente en nuestras comunidades la conciencia de pedir siempre con insistencia al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Haznos conscientes de la urgencia vocacional en nuestro país, para que no falten nunca sacerdotes santos que te hagan presente en nuestra tierra. Roguemos al Señor.

5. Te pedimos, Señor, por nuestro seminario diocesano, por sus formadores, por los seminaristas y por todos aquellos que colaboran en su formación. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ACOGE, Padre santo,
las súplicas que te hemos presentado,
por intercesión de san José, en el Día del Seminario.
Que tu misericordia nos sostenga en nuestras necesidades
y nos conceda cuanto con fe hemos pedido.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE OFRENDAS Y A LA COLECTA

Junto a los dones del pan y del vino, presentamos al Señor nuestro deseo de colaborar con nuestro seminario. Hoy la Iglesia nos invita a ser generosos con las necesidades de los que un día servirán a nuestras comunidades con su vida, dándonos el alimento de la vida y el consuelo de su Palabra.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Como brotes de olivo (CLN, 528) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DEFIENDE, Señor,
con tu protección continua a tu familia,
alegre por la solemnidad de san José,
y, al saciarla con el alimento de este altar,
conserva con bondad tus dones en ella.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, gloria y felicidad de los santos,
que os ha concedido celebrar hoy esta solemnidad de san José,
os otorgue sus bendiciones eternas.**

Rx. Amén.

**Que por intercesión de san José
os veáis libres de todo mal,
y, alentados por el ejemplo de su vida,
perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.**

Rx. Amén.

**Y que Dios os conceda reuniros con los santos
en la felicidad del reino,
donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos
entre los moradores de la Jerusalén celeste.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

**La alegría del Señor sea nuestra fuerza.
Podéis ir en paz.**

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española